

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como abortó en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban, y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros, y lo que se siguió despues.

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?—

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creeis tener alguna noticia?

—Esta noche.

—Me temo que os engañéis.

En este instante llamaron al zaguán de la casa.

—¿Quién podrá ser?—dijo alarmado Garatuza, que siempre andaba á vueltas con la justicia.

—Quizá será—contestó Don César—la noticia que esperamos; voy á ver.

—Si es la justicia, hacedme favor de contenerla—dijo Garatuza—mientras escapo.

Don César salió, y Garatuza, por precaucion, comenzó á quitarse la ropa para tomar un disfraz.

—Lo dicho—dijo Don César volviendo á entrar.

—¿La justicia?—preguntó Teodoro.

—No; la noticia esperada.

—¿Y cuál es ella?

—Tomad vuestros sombreros y vuestras armas y seguidme.

Martin se vistió precipitadamente, y todos salieron á la calle.

Subieron todos sin preguntar nada, y la carroza comenzó á caminar.

Durante el camino nadie habló palabra; de repente paró el carruaje, la puerta se abrió y el hombre y Don César, y Teodoro y Martin, bajaron y siguieron á pié el camino.

—Si no me equivoco—dijo el negro por lo bajo á Martin—vamos á la misma casa de la otra noche.

—Tal me parece—contestó Garatuza—pero sacaremos la misma piedra; quizá Don César ignora lo que pasó: ¿se lo decimos?

—No tal, dejémosle, que así se convencerá de que no son tan sencillas las cosas como él se figura.

—¡Calla! pues hay luz en la casa.

—Sí, desde aquí veo luz, y aun me parece que he oído gritos.

—Seria el viento, porque no se oye nada ya.

—¿Estamos cerca?—preguntó Don César al conductor.

—Cerca estamos—contestó el otro—que ya se ve la luz que tiene allí mi amo.

En esto llegaron á la casa y el viejo salió á recibirlos y los metió á la primera pieza.

Como el hombre tenia un antifaz de terciopelo, Martin y Teodoro no pudieron conocerle; sin embargo, apenas habló, dijo entre sí Garatuza:

—Conozco esta voz, y no de buen encuentro: ¿quién será este bicho? tiene mal aspecto.

El criado habia quedado fuera de la casa.

—¿Los señores son de confianza?—preguntó el del antifaz.

—Debeis suponerlo, puesto que los he traído.

—¿Podemos hablar?

—¡Claro! ¿Qué hay?

—Que podeis aprontar los diez mil duros del contrato.

—¿Dónde está Doña Esperanza?

—Aun no lo sé.

—¿Entonces?

—Aquí os tengo á Don Alonso de Rivera y á la vieja.

—¿Y qué dicen?

—A él aun no lo interrogo; en cuanto á ella, está renuente, y no confiesa á pesar de que algo le he apretado; pero quería esperar á que viniéseis para obligarla por medios mas violentos.

—¿Adónde la teneis?

—Afuera: venid á verla; quizá vos alcanzareis mas que yo.

El viejo tomó la luz, encendió dos ó tres torcidas mas, se las dió á los otros y salieron todos de la casa.

Don César y sus compañeros buscaban por el suelo; pero al llegar al árbol, el viejo les dijo levantando la torcida:

—Aquí está.

La luz bañó el cuerpo de Doña Catalina, y todos lanzaron una exclamación de horror al verle los piés, porque el fuego había atacado aun parte de la pierna.

—¿Qué es esto?—dijo Don César.

—Qué ha de ser! no queria confesar, y le apliqué la llama á los piés; pero ni aun así.

—Esto es horrible—exclamó Teodoro con indignación.

El viejo le dirigió al través del antifaz una mirada de tigre.

—Bajad á esa mujer—dijo Don César.

—En fin, haced lo que gustéis; corre ya de vuestra cuenta—dijo el viejo.

Teodoro desató la cuerda y comenzó á bajar á la vieja, que recibieron Don César y Martin en sus brazos.

El rostro de aquella mujer estaba espantosamente contraído por el dolor; aun estaban erizados sus cabellos, y en su boca habia una espuma sangrienta: el cuerpo estaba frio y rígido.

—Está desmayada—dijo Don César.

—¿Qué desmayada, muerta!—replicó Garatuza.

—¿Muerta?—exclamó Don César.

—Muerta—repitió Martin poniéndole la mano en el corazón y luego frente á la boca.

—¡Asesino!—dijo Teodoro.

—Registradla, examinadla—dijo Don César;—quizá no haya muerto.

Martin volvió de espaldas el cuerpo de la vieja, que estaba ya en el suelo, y con su daga le cortó el justillo para quitárselo y darle mas libertad en caso de que estuviera viva;

pero al ejecutar esto, la espalda de la mujer se descubrió y apareció la marca roja de la familia de los Carbajales.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Martin.

—Doña Catalina de Armijo—contestó el del antifaz.

Martin sintió como un rayo de luz en su cerebro y se arrojó sobre el hombre del antifaz y se lo arrancó, descubriendo el rostro de Don Baltasar de Salmeron: los demás le contemplaban sin moverse.

Martin arrastró á Don Baltasar hasta cerca del cadáver, y con voz ronca y cavernosa se lo mostró, diciéndole:

—Tu hija, miserable; es tu hija.

—¡Su hija!—exclamaron los demás, espantados.

—¡Mi hija!—dijo temblando Don Baltasar.

—Sí, tu hija, tigre; tu hija, la hija de tu crimen, la hija de Doña Isabel de Carbajal: ¿te acuerdas? mira, mira esta marca roja que tiene en la espalda: ¿no recuerdas á la madre, á la víctima de tus tenebrosas maquinaciones y de tus liviandades? De rodillas al lado de ese cadáver, pide perdón á Dios, porque vas á morir aquí mismo, en mis manos.

Don Baltasar se irguió, y con un movimiento rápido é inesperado, desenvainó el estoque y se lanzó sobre Martin; pero la mano de hierro de Teodoro le sujetó como á un niño, le arrancó el estoque y le arrojó de rodillas al lado del cadáver de Doña Catalina.

—Bien, Teodoro, bien—dijo Don César.

—Sí, dijo Martin sin preocuparse de lo que habia pasado; tú has sido el demonio encarnado de esta familia; tú deshonoraste á Doña Isabel de Carbajal; tú denunciaste á las tres hermanas, que murieron por tí en la hoguera; tú traicionaste á Don Leonel y á Don Alonso de Salazar; en fin, mónstruo, tú has vivido demasiado para poder matar á tu hija por medio de los tormentos mas espantosos.

—¿Y todo eso es verdad?—preguntó espantado Don César.

—Verdad, señor—contestó Martin;—os lo juro por Dios que nos oye, y al llegar á mi casa os daré las pruebas.

—Entonces esta noche será la de la justicia—dijo solemnemente Don César;—atad á ese hombre.

Don Baltasar hizo aún un esfuerzo por librarse de las manos de Teodoro y huir; pero era imposible, porque el negro era fuerte como un Hércules. Don Baltasar fué derribado en tierra, y á la incierta y rojiza luz de las torcidas y sobre el cadáver mismo de Doña Catalina, se empeñó una lucha horrible, porque Don Baltasar no queria dejarse sujetar y mordía y gritaba, hasta que por fin, Teodoro y Martin le aseguraron y le ataron con el mismo cordel con que había hecho colgar á su hija.

El viejo no hablaba; rujía y jadeaba como un condenado en el infierno.

—Está ya seguro—dijo Martin.

—Traedle, y vamos á ver adónde está Don Alonso: esta es la noche de la justicia.

Martin se echó al hombro al viejo y siguió á Don César al interior de la casa.

El hombre que habia ido en busca de Don César, permanecía impassible á presencia de aquella escena.

—Se necesitan algunos instrumentos para sepultar ese cadáver—dijo Martin, señalándole el lugar en que yacia el de Doña Catalina.

—Adentro los hay—contestó el hombre.

—Tómalos, y haz una fosa.

—Bien, todo se hará; pero sepa yo cuánto voy ganando en esto, porque el hombre que habeis atado, me daba quinientos duros por ayudarle en todo, y todo lo he hecho yo.

—Los tendrás; pero vé á trabajar.

—Corriente.

El hombre aquel, cubierto tambien con un antifaz, encendió una torcida, sacó algunos instrumentos de labranza y se dirigió al jardin.

Don César, Teodoro y Martin, colocaron al viejo Salmeron en la misma pieza en que estaba Don Alonso.

Rivera abrió los ojos con espanto al ver aquella extraña comitiva.

—Quitadle la mordaza—dijo Don César.

Martin le quitó la mordaza, y Rivera respiró con fuerza.

—Don Alonso de Rivera—dijo Don César—¿me conocéis?

—¿Y á mí?—dijo Teodoro.

—¿Y á mí?—dijo Martin.

Don Alonso los miró fijamente, y luego exclamó:

—¡Teodoro!

—El mismo—contestó el negro.

Martin se puso entonces delante de él.

—¿Me conocéis?

—No recuerdo.

—Martin de Villacencio y Salazar, Garatuza.

—¿Garatuza!—dijo Don Alonso.

—¿Y á mí no me recordais?

—Creo que os conozco.

—Demasiado, por desgracia vuestra; soy Don César de Villaclara.

—¡Don César! ¡Don César!—exclamó entonces con pavor Rivera.

—Sí, el esposo de Doña Blanca, que viene á pedirnos cuenta de la víctima.

—¡Dios mio! ¿pero qué quereis de mí?

—Vuestro castigo.

—¿Pero qué os he hecho yo?

—¡Miserable! vuestra conciencia os responderá.

—¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?—preguntó Martin.

—¿Doña Esperanza, mi esposa?

—¿Tu esposa? ¡infame!

—Sí, está en mi casa; pero os juro que fué por su voluntad; no la he obligado yo: preguntádselo á Doña Catalina.

—¿A Doña Catalina?—dijo Martin:—escucha, escucha; ¿qué oyes?

Resonaban por fuera de la casa los golpes del hombre que cavaba la sepultura.

—¡Golpes! ¡golpes secos, como si cavaran la tierra!—contestó espantado Don Alonso.

—Eso es—continuó Martin;—cavan la sepultura para Doña Catalina, que ha muerto á manos de su mismo padre, de ese tigre de Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar rugió y se revolcó en el suelo.

—¡Muerta! ¡y á mí me vais á matar también?

—Quién sabe; ya veremos.

—¡Por Dios! ¿qué quereis que haga? Si lo intentais por rescatar á Doña Esperanza, yo os la devolveré; no me he acercado á ella, no es mi esposa, no es mi mujer mas que de nombre; yo os la devolveré.....

Don Alonso temblaba de miedo.

Don César hizo una señal á Teodoro y Martin, y los tres salieron del aposento.

La fosa estaba ya dispuesta, y el hombre vino á dar aviso.

El cadáver fué depositado en ella, y la tierra cubrió aquellos restos.

Don César habló un momento en voz baja á Teodoro y

á Martin, y luego éste, dirigiéndose al hombre enmascarado, le dijo:

—Seguidme.

Volvieron á penetrar á la estancia en que estaban Rivera y Salmeron.

Martin y el hombre de la máscara cargaron á Don Alonso, Teodoro alzó sobre sus hombros á Don Baltasar, y precedido de Don César, que llevaba una luz y los instrumentos que habian servido para cavar la fosa, se encaminaron para la orilla del lago.

Don César reconocia el terreno y parecia buscar el que estuviera mas sólido; por fin, encontró alguno que le pareció oportuno; crecia allí abundante la maleza.

—Aquí—dijo.

Los dos presos fueron colocados en el suelo, y Teodoro y Martin comenzaron á practicar dos agujeros en la tierra; no tenian la forma de una sepultura, sino la de un pozo.

—¿Qué vais á hacer con nosotros?—preguntó Rivera; pero nadie le contestaba.

Los pozos se profundizaban mas y mas, hasta que ya un hombre pudo caber dentro sin tener fuera mas que la cabeza.

—Ya están—dijo Teodoro.

—Pues á ello—contestó Don César.

Tomaron entonces á Don Alonso, y á pesar de sus movimientos convulsivos y de sus gritos, le metieron de pié dentro del hoyo.

Entonces comenzaron á llenar el hoyo de tierra, apretándola y enterrando á aquel hombre, del que no quedaba fuera sino solo la cabeza.

Nadie hablaba, y solo la víctima gritaba hasta perder el aliento.

Después le tocó su turno á Don Baltasar; pero no gritó, no habló, no pidió misericordia; sombrío y silencioso sintió llegar la tierra hasta el cuello; estaba como loco.

—¿Les ponemos mordaza?—preguntó Martin.

—Sí, para que no griten y puedan auxiliarlos—dijo Teodoro.

Martin puso las mordazas á aquellas dos cabezas; en seguida amontonaron sobre ellas yerbas secas para que no las pudiesen ver, y se alejaron.

Al llegar otra vez á la casa, el hombre que nada habia hablado, dijo á Martin:

—Mi dinero; os he ayudado hasta el fin.

—Primero te veremos el rostro para conocerte si nos vendes.

—Jamás he vendido á nadie.

—No importa, descúbrete.

—Lo mismo da—dijo el hombre quitándose el antifaz.

Apenas quedó su rostro descubierto, Teodoro lanzó un grito y se arrojó sobre él.

—¿Dime—exclamó—no eres tú el que vivias al lado de la barranca de la «Monja maldita?»

—Sí—contestó el hombre.

—Te llamas Guzman?

—Sí.

—¿Por huir de tí no cayó una dama en la ensenada?

—Sí; ¿y qué hay con eso?—dijo el hombre sacando con disimulo un puñal.

—Don César—dijo el negro—Martin ha dicho bien, esta es la noche de la justicia; este es el verdadero matador de Doña Blanca. Para Martin Don Baltasar; para vos Don Alonso; para mí este.

Y levantando el brazo antes de que Guzman hubiera po-

dido hacer uso de su puñal, le hundió el cráneo de una puñada, y le tendió muerto á sus piés.

—¡Justicia!—dijo Martin—justicia, pero huyamos de este lugar maldito.

—Sí, vamos—contestó Don César saliendo. Teodoro le siguió, Martin se detuvo un poco dentro de la casa y luego los alcanzó; los tres volvieron á México apresuradamente.

Habian caminado un largo trecho, cuando un resplandor que salia del lugar que habian dejado, llamó su atencion.

—¿Qué pasa?—dijo Don César.

—Que antes de salir pegué fuego á esa maldita casa, contestó Martin.

Y siguieron en silencio su camino.

XXXVI.

En el que Catalina y Don Leonel conocen que su situación es mas triste que lo que ellos pensaban.

Doña Catalina quedó casi sin aliento entre los brazos de Don Leonel y del Padre Alfonso.

Lloraba y sollozaba, pero de placer. Don Leonel la perdonaba; quizá no la amaría; pero alcanzar aquel perdón era ya demasiado para ella.

—Sentaos, hija mía, sentaos—dijo el padre Alfonso;—esas emociones violentas podrán haceros mal.

Catalina, sostenida por Don Leonel, se dejó caer en un sitial.

—Catalina—le dijo Don Leonel—el arrepentimiento borra las manchas del corazón, pero el mundo y la sociedad son exigentes; oidme, Catalina, aun hay un modo de salir de esta horrible situación.....

—Decid, decid—exclamó Catalina.

—Quiero que mi hermano escuche, porque espero de su prudencia y de su sabiduría que ilumine mi alma en estos momentos.

—Habla, Leonel—contestó el padre Alfonso—y Dios quiera inspirarme para daros un consejo saludable.

—Doña Catalina—dijo Leonel—respondedme en nombre de Dios la verdad en lo que voy á preguntaros, como si estuviérais ante el Supremo Juez de vuestra vida.

La jóven, impresionada por el tono solemne de estas palabras, se levantó de su asiento y se puso de pié.

—Catalina, ¿creeis que vuestra felicidad consiste en vivir á mi lado?

—Sí, sí—contestó con exaltacion la jóven.

—¿Y os sentís fuerte contra vuestras pasiones y vuestros instintos, para ser bajo mi mismo techo una mujer virtuosa?

—Os lo juro, lo juro, lo juro—contestó Catalina.

—Bien—continuó el jóven:—ante todo debo advertiros, aunque haga pedazos vuestro corazón, que yo no puedo dejar de amar á Esperanza; pero como este amor es ya imposible, criminal, como ya nada me liga á la tierra, quiero vivir para haceros feliz, porque si el cielo no cierra sus puertas al pecador arrepentido, yo no os puedo cerrar las de la felicidad, si de mí depende: iremos á vivir lejos de aquí, en otro país, bajo otro cielo, en donde nadie nos conozca, en donde vos podais ocultar vuestro nombre y vuestra historia, y yo mi dolor, mi nombre y mis desgracias: ¿quereis?

Catalina cayó de rodillas á los piés de Don Leonel: un paraíso se abrió ante sus ojos, el porvenir se mostraba lleno de luz, de vida, de color: aquel hombre no solo la perdonaba, sino que la llamaba á vivir á su lado, bajo su mismo techo; aquello era mas de lo que ella habia soñado. Ni el recuerdo de Esperanza turbaba su felicidad. Don Leonel la amaba, pero con el tiempo podia ella hacérsela olvidar, hacerse amar, volverse digna de aquel hombre por quien sentia lo que jamás habia sentido.

Don Leonel alzó á Catalina y la volvió á sentar en el sitial.

—Entretanto es preciso que volvais á vuestra casa—dijo Don Leonel.

—Volveré—contestó con humildad Catalina.

—Y que guardéis el mas profundo secreto.

—Callaré—dijo la jóven.

—Evitaré el ir á vuestra casa y veros.

—Pero, señor.....—exclamó ella con acento de súplica.

—Es preciso—dijo el padre Alfonso.

—Obedeceré, y se hará en todo cuanto vos dispongais; espero en el porvenir la felicidad.

—Bien; ¿habeis venido sola?—preguntó el Padre.

—Sí, señor—dijo la jóven.

—En ese caso, haré que dos lacayos os acompañen.

En el tono con que el Padre Alfonso dijo esto, comprendió Catalina que era una órden, y se levantó y se cubrió con su velo.

El Padre se dirigió á la puerta, pero en vez de ser Doña Catalina la que salia, fué Don Nuño de Salazar el que penetró en la habitacion, con aire severo y sin descubrirse.

Don Leonel, su hermano y la jóven quedaron como avergonzados.

—Señores—dijo Don Nuño—sois mis hijos; y bien que por vuestra edad y por vuestras profesiones sois dueños de vuestras acciones y conciencia, vivís en mi casa, ¿lo escucháis? en mi casa, honrada siempre, y en donde nunca se han visto entrar damas encubiertas, y á deshoras menos: ¿lo oís?

—¡Padre!—dijo Don Leonel.

—Señor, ¿suponeis.....—dijo el Padre Alfonso.

—Nada supongo—dijo con severidad el anciano—que me horrorizaria de suponer nada en vuestra edad y vuestro estado; pero esto es un escándalo, por mas que me jureis la pureza de vuestras intenciones.

—¡Señor!—exclamaron los dos hermanos.

—Silencio; que aquí yo mando, yo soy el padre, y aquí nadie levanta la voz. Señora, descubríos.

—¡Padre!—dijo Leonel;—á una dama, en mi casa!

—Podrá ser una dama, aunque los pasos en que anda no lo prueban; pero que esta sea vuestra casa, no lo creais; lo era cuando por honor del padre los hijos no abusaban trayendo aquí damas encubiertas; ahora solo es mia: ¡señora, os mando que os descubrais!

—¡Padre, por Dios!—dijo Don Leonel interponiéndose entre el anciano y Catalina.

—Quitaos, digo—repitió el anciano—y de lo contrario os haré entender que soy vuestro padre, y que aunque viejo, me sobran fuerzas y energía para hacerme respetar.

Y los ojos de Don Nuño centellaban de furor, y su rostro estaba encendido, y comenzaba á temblar su voz.

—¡Padre mio! reportaos, por Dios!—dijo el Padre Alfonso acercándose.

—Apartaos—contestó Don Nuño:—señora, descubríos.

La jóven vaciló, y Don Nuño iba ya á lanzarse sobre ella, cuando el Padre Alfonso dijo:

—Descubríos, señora, os lo ruego.

La dama alzó su velo, y Don Nuño la miró fijamente.

—¡Ah! muy jóven y muy bella sois para andar en estas aventuras!

—¡Padre! por piedad, no la insulteis!—dijo Don Leonel.

—Señora, ¿cómo os llamis?—preguntó Don Nuño, sin atender á las razones de sus hijos.

—¿Esto mas, señor? ¡Por Dios!—decia Don Leonel.

—¡Vuestro nombre, señora, vuestro nombre! Necesita cada uno saber el nombre de las personas que entran á su casa: ¡vuestro nombre, os digo! ¡contestad!

Don Leonel estaba densamente pálido, y la jóven tembando, y sin poder resistir el fuego de las miradas, las palabras del anciano, contestó tímidamente:

—¡Catalina de Armijo!

—¿Cómo?—dijo Don Nuño, dando un paso atrás como si hubiera pisado una víbora;—¿cómo? Repetid, repetid.

Los dos hermanos estaban espantados del efecto que aquel nombre había producido en su padre.

—¡Catalina de Armijo!—repitió la jóven.

—¿Y vuestra madre, vuestra madre, cómo se llama?

—Catalina de Armijo también—contestó la jóven.

—¿Y vuestro padre?

—Nunca lo he sabido.

—¿Teneis otros hermanos?

—No señor, yo he sido la hija única de mi madre.

Don Nuño, sin que nadie hubiera podido preverlo, se lanzó adonde estaba la jóven, y tomándola de la mano, casi la arrastró hasta cerca de la bujía.

Allí sin ceremonia alguna, sin miramiento de ninguna especie, sin que se lo pudieran impedir ni la misma jóven, ni los hermanos que estaban inmóviles por el asombro, la volvió de espaldas á la luz, y con un movimiento convulsivo, rasgó el vestido de la jóven, descubriendo la espalda blanca y mórbida como si fuera de alabastro.

En aquella espalda blanquísima se descubría una llama pintada con sangre; la marca de la familia de los Carbajales.

Don Nuño lanzó un grito, y volviendo de frente á la jóven, la contempló un momento con ojos extraviados, y luego la estrechó entre sus brazos, gritando:

—¡Hija mia! ¡hija mia!

—¡Su hija!—exclamaron los dos hermanos con espanto.

—¿Mi padre vos?—dijo Doña Catalina desprendiéndose de sus brazos.

—¡Sí, tú eres mi hija! ¡mi hija! tú eres mi hija, que te he buscado tanto, que creía haber encontrado en Doña Esperanza. ¡Oh hijos míos! Leonel, Alonso, abrazad á esta jóven, porque es vuestra hermana.

Catalina miró á Leonel con asombro, como si quisiera volverse loca; despues dirigió su mirada á Don Nuño, cerró los párpados, lanzó un gemido, y cayó desmayada.

Don Nuño comprendió que algo terrible pasaba allí, porque Don Leonel habíase abrazado del Padre Alfonso y estaba como desvanecido.

Entonces aquella idea le preocupó mas que el accidente de Catalina; un mundo de ideas se alzó en su cerebro, y sin atender á la jóven que yacia en el suelo, se precipitó sobre Don Leonel, y sacudiéndole fuertemente de un brazo, le dijo con ronca y entrecortada voz:

—¡Leonel! ¡tendré que llevar un remordimiento mas á la tumba?

—¡No, padre mio!—contestó Leonel;—vivid tranquilo, ya que ella va á ser tan desgraciada.

—Leonel, no me engañes para calmarme.

—Os lo juro por la memoria de mi madre.

—¡Dios te haga feliz, hijo mio! ¡yo te bendigo!

Y arrodillándose en el suelo, levantó cuidadosamente á Catalina, y la apoyó contra su pecho.

—Pronto, Leonel, llama á los criados; dame agua aunque sea: esta niña se muere.

Leonel salió precipitadamente, y el Padre Alfonso se arrodilló tambien al lado de Catalina y le tomó una mano.

—No temais—dijo—no temais, padre mio; es un des-

mayo; Dios no ha de querer arrebatáros á vuestra hija en el momento mismo en que la recobrais.

—¿Tú lo crees, hijo mio? ¿tú lo crees?

—Sí; mirad, ya abre los ojos, ya respira con mayor facilidad; mirad, mirad.

En efecto, Doña Catalina abrió los ojos, y lo primero que llamó su atención, fué Don Leonel que entraba.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Leonel?—exclamó;—he tenido un sueño espantoso: soñaba.....—Entonces alzó su cara, y miró á Don Nuño.—¡Dios mio!—gritó—¿conque no es un sueño? ¿conque es una realidad?..... ¡Oh! soy muy desgraciada! ¡muy desgraciada!..... ¡Dios mio! ¿merecen esta pena mis pecados?

Don Leonel no se atrevia ni á moverse; Don Nuño lloraba, y su llanto caía sobre la frente de la jóven y resbalaba sobre su rostro.

Seguramente el Padre Alfonso era el único capaz de hablar, y habló.

—Catalina, hermana mia—dijo—por pruebas terribles quiere Dios que pase vuestro espíritu; el fuego del dolor debía purificar vuestro corazón y hacer brotar en vuestro pecho el inmenso raudal del arrepentimiento: hace un momento os contentábais con solo el perdón de Leonel; ahora ese hombre es vuestro hermano, ahora encontráis un padre, ahora vuestro arrepentimiento será perfecto, porque es para Dios y no para el mundo; vuestra alma sacude las cadenas del vicio, el cielo os brinda con sus eternas venturas; aceptad con gusto la corona del martirio, vivid para Dios y para vuestro padre; perded la memoria de lo que pasó, ya que en medio del camino de la miseria suena para vos la hora de redención: ¡hermana mia! Dios que os envía dolor tan grande, no podrá negaros el esfuerzo para resistirle; acer-

caos á él y pensad en el cielo, ya que la tierra no os ha dado mas que cieno y espinas.

Doña Catalina habia seguido con el alma las palabras del Padre Alfonso, su rostro habia comenzado á cambiar de aspecto, las sombras de la desesperacion sombría que lo nublaban, iban como disipándose, y los ojos comenzaron á tener ese brillo y esa humedad que anuncian el llanto, y cuando el Padre Alonso acabó de hablar, la jóven, que se habia ido incorporando poco á poco, estaba ya de rodillas con la mirada fija en un cuadro que representaba á la Virgen y que segun la costumbre de aquellos tiempos, estaba en la cabecera de la estancia, con dos velas de cera que le encendian cada noche.

—Madre mia, madre mia—dijo Catalina alzando sus manos á la Virgen—dame fuerza y resignacion para sufrir.

Y luego, cubriendo su rostro con ambas manos, comenzó á derramar un torrente de lágrimas, que salian entre sus blancos dedos como una lluvia de diamantes.